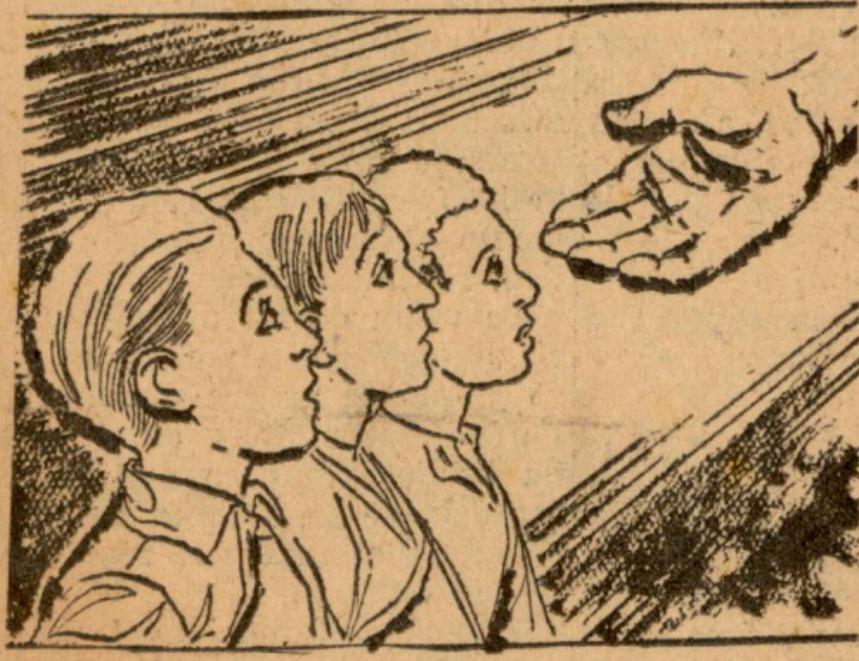


EL LABERINTO Y EL HILO

UN LLAMADO POR EL NIÑO

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Ningún azote más cruel e injusto que el que aflige a la infancia, que el que hace sus víctimas entre aquellos para quienes la vida es siempre, cualesquiera que sea origen y situación, una promesa. De ahí que apelar al humanitarismo individual y a la solidaridad colectiva para llevar alivio a los niños enfermos es un deber de aquel que tiene, como el periodista, la posibilidad de dirigirse a la opinión pública y mover su razón y su sentimiento. Entre nosotros hay gentes generosas que están organizadas para procurar ayuda a quienes nacen ciegos, a quienes la poliomielitis postra prematuramente, a quienes al comenzar a ser sufren un daño que interrumpe su desenvolvimiento. Todas las instituciones dedicadas a una misión semejante necesitan la cooperación del Estado y la sociedad porque, pese a la voluntad de sus promotores, aún no abarcan el alto total de los inocentes flagelados.



Caso patético es el de los deficientes mentales, el de los niños que, por diversas causas, sufren de un irrecuperable retardo intelectual. La cifra que las estadísticas nos dan acerca de ellos son pavorosas: sobre la población de todo el territorio nacional, 75,000 pequeños adolecen de ese grave déficit que los coloca al margen de la normalidad, sin posibilidad de mejoría. El guarismo abruma y es, por sí sólo, elocuente.

El Estado cuenta con dos escuelas fiscales dedicadas a la enseñanza de los niños con retardo mental, cada una con capacidad para 200 educandos. De los 75,000 que hemos mencionado, una inmensa proporción subsiste sin cuidados especiales, confinada vergonzosamente en los hogares o, lo que es peor, asistiendo a las aulas para alumnos capaces no obstante sus evidentes condiciones de inferioridad. Por fortuna, ha nacido recientemente una entidad con el fin de prestar un real servicio a los infantes que, por causa de su inferioridad, requieren una formación y una instrucción especiales: el Instituto San Gabriel Arcángel, destinado al tratamiento de niños con deficiencia mental, parálisis cerebral y trastornos emocionales. Es la iniciativa privada la que ha puesto en marcha este centro, el cual si bien por ahora sólo puede acoger a una cuarentena de menores heridos en su capacidad racional, aspira a convertirse en un amplio y completo organismo de curación y docencia. Al lado del Centro de Audición y Lenguaje, para niños sordomudos; de la Escuela Alegría en el Señor, para niños con lesiones físicas, y de otras obras semejantes, el Instituto San Gabriel Arcángel constituye el fruto de una conciencia pública que se abre camino por entre la tradicional indiferencia social a problemas que sobrelleva dolorosamente esa parte del país que es la esperanza del futuro. No se olvide que el acelerado crecimiento demográfico del país aumenta las cifras y multiplica el drama.

A la institución mencionada, como a las demás de su misma índole, la afectan dificultades de vario carácter: la primera es la dificultad económica, puesto que ahí deben trabajar tanto profesionales especializados cuanto auxiliares debidamente entrenados, con instrumental específico y en cantidad que permita una acción eficaz (diez educandos por maestra); la segunda es la carencia de personal técnico, el cual no puede ser formado sino parcialmente en el país, por lo que se necesita un fondo de becas para enviar estudiantes al extranjero, y la tercera es la indiferencia del medio social, que, por ignorancia o planteamientos falsos de la realidad, desoye los llamados que en solicitud de cooperación económica y moral se le hacen insistentemente.

Un niño retardado mental no tiene posibilidad de alcanzar la normalidad: he aquí una verdad terrible. Pero es susceptible, por medio de una atención singular, de desarrollar según su ritmo y sus posibilidades hasta conquistar el mínimo de capacidad que puede hacerlo dichoso. El Instituto San Gabriel Arcángel, que intenta crear el instrumento fundamental para ello, en beneficio de los niños nacidos bajo ese cruento signo, sin distinción de clase, raza o situación, pide la colaboración de todos los ciudadanos, en especial de los pudientes. Darla será tender una mano humana al hombre mismo, en homenaje al amor desinteresado que cada uno debe a los demás.